



Teléfono 22601. - Secretaría 25. - Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Año XXXII || Todos para uno = Enero de 1939 = Uno para todos || Núm. 410

OBLIGACIONES INDECLINABLES

Los hombres que asumen la función rectora de las organizaciones sindicales y de los partidos políticos están obligados por un imperativo indeclinable a su propia condición de dirigentes a no dejarse influenciar por manifestaciones más o menos apasionadas y parciales que a sus oídos puedan susurrar los eternos descontentos y aquellos otros que, cual Sancho Panza moderno, cargaron sus alforjas de ambiciones inconcesables.

Los dirigentes sindicales o políticos tienen el deber de analizar serenamente la obra que ejecuten sus afines, y si pretenden juzgarla están obligados a analizarla con un alto sentido de justicia y de responsabilidad.

Si la crítica ha de ser dirigida contra la labor desarrollada por un compañero suyo de organización y de partido, entonces le está prohibido al dirigente usar de la tribuna y de la prensa, para zaherir a su propio camarada, velando con ello por el prestigio moral de su propia organización.

Salir a la tribuna o asomarse a las páginas de los periódicos para cantar en sentidas estrofas los beneficios incalculables que a la República y a España puede y debe rendirse una labor de perfecta unidad de acción entre todos los elementos antifascistas, para después, en la soledad de su despacho, lanzar consignas a sus partidarios, exhortándoles a realizar prácticamente todo lo contrario de lo que públicamente se dice defender, es una labor que redundará en perjuicio inmediato de la República y, en desprestigio, posterior, de los propios hombres que usan procedimientos tan inconcesables para pretender alcanzar prestigio personal, cimentándolo con el descrédito de sus afines en orden político y en orden sindical.

España y la República necesitan hoy, y necesitarán mañana, de la colaboración leal y desinteresada de

cuantos hombres sean capaces de asimilarse los problemas que la guerra nos tiene planteados, procurando desarrollarlos en un tono que de su obra se desprenda sólo y exclusivamente beneficios para la colectividad.

Si alguien, empujado por su ceguera mental, estima conveniente herir con la calumnia el prestigio personal de hombres afines a sus ideas, que tenga por seguro que la misma piedra cargada de calumnia que dispara contra hombres buenos, en vez de hacer blanco en el cuerpo de la persona a quien se trata de injuriar, saltará en mil pedazos y hará blanco en el pensamiento y en el corazón de aquél que, incapaz de combatir a sus hermanos con ideas, emplea las armas de la vileza, de la calumnia y del desprestigio.

Todos los elementos antifascistas están obligados a cumplir las decisiones del Gobierno, para que España recupere pronto su libertad y si derecho a dirigirse por sí misma en su política reconstructiva.

Unos, cumplimos serena y conscientemente con este papel, sin alarde y sin gritos extemporáneos por las calles. Otros, en cambio, cuando finalizan las cabalgatas callejeras por ellos organizadas en las cuales se grita la adhesión al Gobierno, se lanzan contra las autoridades de la República, y algunas veces hasta las amenazan, porque las autoridades, en cumplimiento de la ley, no se prestan a sus turbios manejos de traficantes de la política.

Por España y por la República, por el prestigio colectivo de las ideas, deben meditar los que así proceden por si son capaces de una rectificación rápida y profunda si no quieren que sea la propia colectividad quien les obligue a rectificar sus constantes amenazas y sus gritos malditos de enanos de la venta.

Pascual TOMAS

Valencia.

NUESTROS MUERTOS

Quando se encontraba en la U. R. S. S., a la que fué el pasado mayo con motivo de las fiestas que aquel país celebra anualmente, ha fallecido Juan José Morato, militante de la U. G. T. desde su fundación y del Partido Socialista. La colección de nuestro periódico EL TRABAJO guarda parte de la obra de este compañero hacia los albañiles, y del mismo fué, durante muchos años, director.

Esto nos hace destacar su fallecimiento precisamente hoy, que las hordas de la invasión tantos compañeros nos están arrebatando.

Reciban sus familiares y el Arte de Imprimir nuestro más sincero pésame por esta pérdida.

LA JUNTA DIRECTIVA

Nuestra guerra en el plano internacional

La falsa retirada de «voluntarios» italogermanos pone, si es posible, más de manifiesto los planes de estas naciones al mediar en nuestro pleito.

En la guerra futura van a debatirse intereses que no son nuestros, fronteras y rutas ajenas a nuestros ideales y a nuestra condición de trabajadores; van a defenderse elementos de producción, cuya utilidad no podrán acaso percibir directamente las masas que las creen; pero se abre un paréntesis forzoso, al principio del cual el proletariado ha de batallar por la implantación del sistema democrático en todo el mundo y a cuyo cierre, en la paz futura, debe estar preparado para la realización de todos los ideales que sean posibles en aquellos momentos y que sólo la experiencia y el estudio podrán determinar concretamente.

Hoy el ambiente de Europa presagia la tormenta bélica. A la crítica situación actual se ha llegado por la política de debilidad, ante los agresores, seguida por los Gobiernos democráticos. Al amparo de esta política, el fascismo ha ido conquistando posiciones. Italia atacó y se adueñó de Abisinia, sin declaración de guerra. El Japón intenta aniquilar la independencia china. Alemania se ane-

xionó Austria, ante la impasibilidad del mundo. El fascismo italogermano invadió España, con la pretensión de apoderarse de ella, que lucha por su independencia. Por mantener su personalidad como nación y por regirse a sí misma. Los invasores italogermanos la desean por sus riquezas, y, fundamentalmente, porque para ellos España es la posición llave de su política de expansión. Quieren apoderarse de España para romper el equilibrio mediterráneo, base de la política europea. En las Baleares, en la costa de África, en el Sur de España, en el Cantábrico y en los Pirineos amenazan a Francia y a Inglaterra. La situación geográfica de España hace que los soldados españoles, al defender su independencia, defiendan la paz de Europa. La seguridad de aquellos países que con la política de no intervención han privado de sus legítimos derechos al Gobierno de la República. Han seguido la táctica de aislar los conflictos. Y éstos no se pueden localizar; todos tienen la misma razón de ser. Checoslovaquia, España, Austria, los incidentes de Túnez y la agitación de Palestina tienen la misma raíz: la política de expansión del fascismo. Y contra estos deseos no valen paños calientes, ni las medidas

oratorias, ni la no intervención, tan falseada; si se callan hoy, es para surgir con mayor fuerza mañana. Es preciso que todos se apresten a defender la paz de modo efectivo. Como la defienden los soldados españoles. Su gloriosa gesta, por la grandeza que reviste, ha traspuesto las fronteras, despertando la conciencia de los pueblos. Estos siguen cada día con mayor interés nuestra lucha. Las organizaciones obreras presionan con mayor fuerza sobre sus Gobiernos. Las bayonetas españolas abren paso a la verdad de España. El mundo se alzaría contra los agresores. Los Gobiernos, al fin, tendrán que obedecer a sus pueblos. En España el invasor será aplastado. Con nuestra resistencia, de más de dos años, hemos permitido que los países democráticos se armen y preparen, mientras desgastábamos al enemigo; y esto es hoy, aunque tardíamente, reconocido por todos.

La independencia que en todos los órdenes de la actividad social existen entre todos los países, determina el que no pueda enjuiciarse la política de un Estado independiente de los restantes. La moderna teoría del Derecho internacional establece el principio de la indivisibilidad de la paz. La paz es una y colectiva. En cuanto, declarada o no, la paz se quiebra en un país, sus flujos y reflujo se dejan sentir en los otros.

Eso es lo que defiende España a más de su independencia: la paz del mundo, amenazada por dos locos desafiados del mundo, mientras éste lo tolere.

Hoy, la retirada de voluntarios, los puso, si cabe, más al descubierto que estaban. Apréstemonos a vivir las horas futuras con la consciente responsabilidad a que nos obliga su misma grandeza, con el anhelo de llegar cuanto antes a la cumbre, que ya divisamos en la lejanía, pero con la vista intensamente fija en el camino que hemos de recorrer para evitar los tropiezos, que en tan peligrosa ruta pudieran ser mortales, y para suprimir las fatigas inútiles en una jornada cuya duración no está en nuestra mano prever.

Antonio ALBA



¡¡ EL IDEAL !!

*Corren por España entera
vientos de guerra cruel,
y, en tanto, las golondrinas
hacen su viaje a través
de otras regiones más calidas
donde sus nidos poner.*

*Los hombres del Continente
parece que locos van
en pos de una quimera
que jamás alcanzarán
por no poder, como ellas,
de un lado a otro volar.*

*Y tan sólo el pensamiento
vuela lleno de ideal.
Mas, porque no vuela tanto,
el dictador alemán
piensa que con sus guerreros
al mundo someterá.*

*Y va camino de hacerlo
por el miedo de los más,
ayudado por Italia,
que la gobierna un chacal,
que antes fué hijo del pueblo
y ahora lo es de Satán.*

Pero no han contado ellos

*con España, y otras más,
que con el gesto gallardo,
¡no italiano, ni alemán!,
antes prefieren la lucha
que entregarse sin hablar.*

*Hablarán, si ellos lo quieren,
los cañones y demás,
como está hablando en España
la razón de su ideal.*

*Que, aunque pequeños seamos,
al mundo hemos de librar.*

*Y al terminar nuestra lucha
podrá el mundo respirar,
y, como las golondrinas,
volaremos sin cesar
a nuestros trozos de tierra.*

todo Paz y Libertad.

¡Rusia! ¡España!

¡México y China a la par!

*Cuatro naciones que son
espejo donde mirar*

lo cívico de hombres libres.

¡Del proletario mundial!

Francisco MUÑOZ

32 Batallón de Obras
y Fortificaciones

El caso es único en la Historia

La prensa nos da la noticia de haberse producido en el campo faccioso una insurrección, que se inició en Segovia y que se ha extendido a Sevilla, Burgos y otras poblaciones.

Acojamos con toda clase de reservas estas gratas noticias, aun cuando tenemos la evidencia de que no tardarán mucho tiempo en producirse estos hechos por ley natural y justicia.

La misma prensa nos informa también que, al ser interrogado, después de producirse estos hechos, el generalísimo Franco por un corresponsal de la Associated Press, el informador preguntó: «¿Cómo se explica usted que los «rojos» no se hayan rendido todavía?» El general traidor contestó un poco irreflexivamente: «¡Sí... el caso es único en la Historia!» Estamos completamente de acuerdo, siquiera por esta vez, con el traidor en lo que se refiere a la contestación dada al informador periodista.

Efectivamente. ¡El caso es único en la Historia! Y esta respuesta le debía haber sonrojado a tan célebre caudillo, ya que no le vamos a pedir que se sintiera orgulloso con su misma respuesta, pues para esto precisaría que llevara en sus venas sangre de español, y esto sería tanto como pedir peras al olmo.

¿Qué concepto tenían y siguen teniendo estos bajos traidores del pueblo español? ¿No les dice nada la Historia de España?

El pueblo español nunca se dejó arrastrar por los invasores extranjeros, aun cuando estos tuvieran la fuerza y el cerebro militar de un Napoleón.

Lo que les ocurre a estos traidores es que nunca se han preocupado lo más mínimo en estudiar el grado de patriotismo de su pueblo; han creído que éste estaba vinculado en la casta privilegiada de la clase capitalista, de la que Franco es digno representante, y ahora se ve claramente la dife-

rencia de patriotismo que existe entre lo que él representa y los que él considera como único caso en la Historia! Estos «rojos», como él nos titula graciosamente, a sabiendas de que miente, son los únicos, los verdaderos patriotas españoles, los que con su tenaz resistencia están defendiendo el verdadero patriotismo de esta desgraciada, pero heroica hasta lo sublime, querida España. Si... ¡único caso en la Historia!, del que los verdaderos españoles estamos orgullosos, pues con nuestra gesta estamos dando al mundo pruebas del verdadero patriotismo que los pueblos deben inculcar en la educación de sus hijos y que ya se va reconociendo en el mundo la diferencia que nos separa de los españoles traidores, que también ellos son ¡único caso en la Historia!

No se concibe que los que siempre han tenido en sus labios la palabra patria, jactándose de ser ellos los guardadores de este gran tesoro, hayan descendido a venderla en forma tal a los fascistas italogermanos, que hoy son los verdaderos dueños de la España invadida, hasta el punto de que las altas dignidades de la Iglesia se van alejando de seguir siendo cómplices del crimen de lesa patria que supone la traición tan enorme cometida por estos falsos patriotas.

Nos confirma esto que decimos los incidentes ocurridos entre el traidor Franco y el cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, en cuyos incidentes éste no ha querido someterse a las arrogancias del flamante caudillo. Mucho ha tardado la Iglesia en reconocer el patriotismo de los facciosos rebeldes; pero esta conducta seguida por los representantes católicos le habrá demostrado que va perdiendo las ayudas con que contaba al iniciarse la sublevación, y que éstas quedarán relegadas únicamente a los países totalitarios, pues son a los únicos que conviene el que triunfara el fascismo en España.

Existen, pues, en España, dos clases de patriotismo: uno el que defendemos los «rojos», como cínicamente nos titulan los facciosos y que el mismo generalísimo manifiesta que es ¡caso único en la Historia!, y otro el patriotismo representado por él y que tan ruidosamente se manifestaba en tiempos del chin chin, que se hacía a los acordes de la «Marcha de Cádiz» cuando la guerra de Cuba y Filipinas, donde los insignes patriotas que allí se enviaban por los Gobiernos de la nefasta monarquía les bastaba un año (de honrada administración) para retornar a España enriquecidos, y que tuvo por causa la pérdida de nuestro imperio colonial, dando lugar estos hechos repetidos a la declaración de guerra con los Estados Unidos, después de una gran sesión de Cortes, todo muy patriótico, donde no fué oída la voz austera y sincera de D. Francisco Pi y Margall y las manifestaciones de idéntico sentido de nuestro querido Pablo Iglesias, quienes pedían se concediese la autonomía a Cuba y Filipinas, tachándoseles a ambos de filibusteros y antipatriotas.

Los verdaderos patriotas — según dicen — fueron ellos; los que después de la pérdida de las colonias siguieron la misma conducta en Marruecos, dando lugar con su patriotismo a lo ocurrido en el Barranco del Lobo y, posteriormente, a la catástrofe militar (única en la Historia) a que nos llevaron los grandes patriotas españoles.

Hay, pues, una gran diferencia en el patriotismo de los españoles. Nosotros, los «rojos», los que nada poseemos, defendiendo a España de la invasión fascista extranjera, a costa de la vida de nuestros mejores hijos, y los otros patriotas, los descendientes de sangre azul, vendiendo su patria a los países fascistas. La Historia juzgará a todos. Por nuestra parte, nos sentimos cada vez más confiados en que la justicia de nuestra causa se verá coronada por la victoria, gracias a los que hemos puesto en esta lucha un entusiasmo sin límites y una tenacidad inquebrantable en la resistencia, cuya resistencia ha dado ocasión a que el traidor más empedernido que España tuvo haya declarado que nuestra resistencia es ¡el caso único en la Historia!

Florentino GARCIA

Secretario de la Federación Local
de la Edificación

23-XII-38.



INCONGRUENCIA

Desde que la guerra se inició en territorio español se viene denunciando por los respectivos Ministros que se han sucedido la intervención, tan italiana como alemana, en nuestra contienda.

Las llamadas potencias democráticas no han querido percatarse de esto, no porque dicha intervención no estuviera clara, sino porque no les convenía verlo. ¿Por qué? Ellos lo dirán poco a poco.

En el llamado «Libro Blanco», editado por el entonces ministro de Estado Julio Álvarez del Vayo, se hacían declaraciones claras y terminantes sobre dicha intervención. Pruebas también fehacientes fueron los prisioneros copados en campos de la Alcarria; todos ellos, tanto mandos, técnicos, como soldados de nacionalidad italiana; así sucesivamente se ha venido demostrando esta intervención, y, no obstante, esas democracias no quieren enterarse. Pero surge el problema checoslovaco, y entonces parece que todas las atenciones se concentran sobre esto.

El problema español sigue en pie. Francia se ve amenazada por varios sitios, y entonces, unida a Inglaterra, no tiene inconveniente el enlazarse en fuerte abrazo con el eje Roma-Berlín para mantener una paz que no sienten a costa del desmembramiento de Checoslovaquia.

Ya está este país repartido en pro de Alemania; ya salió el país totalitario con su presa entre las garras. ¿La paz está zanjada? Esta pregunta sigue en incógnita. Alemania sigue sedienta de territorio; lo demuestra con su última petición de colonias, a la que no hay que dudar será complacida. Las llamadas democracias — siempre mirando en pro de la paz — accederán también a esta petición, claro es que sacrificando siempre a los países más inferiores; esto lo está demostrando las conversaciones llevadas a cabo en Portugal, por Inglaterra; pero, sin embargo, el problema español continúa su marcha. Estas potencias consideran más importante tener conten-

tos a los países totalitarios que al pueblo que dicen representar.

Seguramente a estas horas se estará reuniendo el Consejo de Europa con nuestro pleito, que debía seguir siendo interno, como empezó, si los «demócratas» hubieran estado firmes en sus puestos y no hubieran creado todos esos organismos, para de esa forma y solapadamente ayudar a nuestros invasores, que, más tarde, serán de ellos si no siguen el ejemplo de los verdaderos españoles.

Las componendas que urden con relación al problema español, huelgan. Llevamos veintiocho meses de lucha; primeramente contra unos militares que se sublevaron, no solamente contra el Gobierno que nos representa, sino contra la mayoría de españoles, que son precisamente los que depositaron su confianza en él. Más tarde, y cuando estos por sí solos no tienen probabilidad, no solamente de triunfo, sino únicamente salir un poco airoso de la empresa iniciada, nos toca luchar, por aliarse con ellos, contra países totalitarios que no tienen inconveniente en arriesgarse en una empresa tan difícil como es la ocupación de España, con tal de saciar sus apetitos coloniales; y nuestros militares, mejor dicho, los militares sublevados, ciegos de apetencias no justificadas, puesto que seguían disfrutando de los beneficios adquiridos durante su larga vida de militares, los cuales no eran ni son acreedores a esto, les dan toda clase de facilidades para continuar la marcha iniciada.

Al cabo de esta jornada se ha vertido mucha sangre; ha desaparecido lo mejor de la juventud, la que no dudó nunca en darlo todo por el bien ajeno; en este momento no son los españoles que quedamos los que hablamos; son nuestros muertos, nuestros inútiles de guerra, y por ser voces autorizadas son respetadas. No sirven componendas, sirve únicamente la razón. España para los españoles; pero para los españoles verdaderos.

Nuestro Gobierno, representante único del pueblo español, el único que comprende a éste, ha hecho manifestaciones, y éstas, cumplimentadas, sobre la retirada de nuestros verdaderos voluntarios; el problema está planteado en el organismo correspondiente, y éste, haciendo un alarde de altruismo, lo acoge, lo estudia y lo aprueba, y seguidamente lo plantea al Gobierno faccioso.

... consulta con estos, y la contestación no puede ser más grotesca y ridícula: accede a la retirada de voluntarios, ¡pero qué voluntarios! Solamente de aquellos que llevan luchando dieciocho meses. Al acceder a esto el Comité de no intervención no tiene más remedio que reconocer la intervención extranjera. Y si esta existe, como así es, ¿qué pinta

ese Comité? ¿Para que se fundó?

Vamos a analizar: si al comienzo de nuestra guerra, y cuando se declaró esta participación en nuestra lucha, no se reconoció porque consideraban no existía, aun presentándoseles pruebas, ¿cómo se accede a la retirada condicionada de cierta cantidad de extranjeros? ¡He aquí la incongruencia!

Si se comprueba la fecha de la declaración de Álvarez del Vayo se ve claramente la participación de estos extranjeros desde el comienzo de la contienda. Por tanto, si el Comité de no intervención cumpliera con su deber, debería exigir la retirada total, tanto de hombres como de material extranjero.

La participación está clara: más que participación guerra abierta a los españoles, aunque sin declaración oficial de ésta; claro es que tampoco lo hicieron con Abisinia y se apoderaron, superficialmente, de ella. Desde luego con España no ha lugar; España no hay más que una; españoles, unos solamente. Con España no hay quien pueda.

LIBERTAD

Cuando llegán los héroes

Al regresar de los campos de batalla con algún permiso nuestros compañeros encuadrados en unidades de choque, o en Fortificaciones, lo primero que hacen unos, y lo segundo otros, después de visitar a sus deudos, cosa razonable, justa y humana, es encaminar sus pasos a la Casa del Pueblo, en la que tienen cifradas todas sus esperanzas, juntamente con su compañero, el aparato que se le confía para la defensa de la República y su propia vida.

Apretones de mano, abrazos tan sumamente fuertes, que yo, con toda sinceridad, declaro que siempre digo para mis adentros: «Aquí hay una fortaleza», mejor dicho, dos: una, la fortaleza muscular, porque la mano y el brazo del albañil, ruda, áspera si se quiere, porque está avelada a las inclemencias del tiempo y los productos dañinos de ciertos materiales, hacen que así sean; otra, porque la fortaleza de ánimo siempre es rayana en lo insuperable, sin menosprecio para con el resto de los trabajadores, ya que todos somos de la misma familia; pero permítaseme el atrevimiento y la indiscreción, pues para mí son primero las manos que se mancharon y se curtieron por los efectos de la cal y el yeso, el ladrillo y el cemento, que aquéllas que se mantienen limpias con las tintas en una oficina o establecimiento ofi-

cial, o aquéllas que detrás de un mostrador y siempre bajo techado pueden aparecer cuajaditas de sabañones, por su inactividad, por su falta de ejercicio, por lo que fuere; pero lo cierto es que al no aplicarlas en tareas rudas sufrirán las torturas de unos sabañones, en tanto que aquéllas sufren igualmente las torturas de los malignos callos al empuñar las herramientas y el azote bruto de la estación invernal en plena intemperie.

¡Manos que el invierno hiela! ¡Manos que el estío abrasa! Esto cantó un poeta nuestro en una composición que hizo para nosotros y por nosotros solicitada. No se equivocó al decir: «Manos que en lugar de anillos lleváis la huella sagrada de una labor que enaltece...»

¿Cómo voy a olvidar y a dejar de querer a las verdaderas manos blancas? Imposible. Aquí nos tenéis a los que nos confiasteis la Dirección, Administración y cuidado de vuestra organización sindical, en tanto unos deberes, ineludibles, que no rehusaremos cumplir en ningún momento, nos reclamen.

Aquí, como ahí a vuestro lado, nuestro esfuerzo será el mismo, y de la misma forma que en esta Casa del Pueblo acogimos con cariño y simpatía vuestra llegada, celebraremos todos conjuntamente vuestro regreso apoteósico y triunfal cargados de laureles y con la victoria incrustada en todos los buenos corazones.

Vuestro semblante risueño nos colma de esperanzas, que nunca perdidos, cuando llegáis; pero tened la seguridad de que cuando regreséis con el triunfo de la causa seréis colocados en lugar preferente donde quiera que acudáis, porque tenéis un derecho adquirido que nadie ha de poder discutirlos ni negar.

¡Adelante, como siempre! y vaya un abrazo sincero sin «fortaleza» de vuestro compañero.

Manuel PARAZUELOS



Este número ha sido visado por la censura

Comentarios a unas palabras radiadas

«También se han notado serios progresos en la unidad de socialistas y comunistas; pero aún los recelos y las pequeñas cuestiones pesan más que la resolución de los problemas vitales de nuestro pueblo. Los recelos pueden liquidarse si practicamos un trabajo común entre ambas organizaciones.»

(De la conferencia radiada del camarada Mendezola. «Mundo Obrero», 29-IX-1938.)

Hemos dicho muchas veces y, lamentablemente, hay que seguir insistiendo, que hablando menos de unidad y practicando más la unión entre los trabajadores con hechos y no con palabras, llegará a ser una realidad lo que cada día se aleja más por la inconsciencia de algunos: la existencia de un solo partido marxista.

No podemos admitir la realización de una fusión que todavía no se siente, que no se desea, porque no podemos desear se derrumbe algo que es consubstancial con la vida política y social de nuestro país. No podemos escuchar los cantos de sirena que se hacen en todos los tonos y en muy variadas formas llamándonos a la unidad si quienes con nosotros desean unirse no garantizan sus buenas intenciones, no con palabras — ya son muchas las que se vertieron y la mayoría engañosas —, sino con hechos que, sin necesidad de hacerlos resaltar, vayan haciendo conciencia unitaria en los trabajadores marxistas, en los afiliados a uno y otro partido. Que en los trabajos en común en la vida política y social de España sean tan claras, tan limpias nuestras conductas; se realicen con tanta lealtad que, compenetrados unos con otros, llegué un momento en que sin necesidad de hablar de ello todos los días nos encontremos con una identificación tan absoluta, tan efectiva, que la unidad resulte realizada de hecho y no sea preciso para efectuarla de derecho más que la convocatoria a un Congreso en donde, por haberlo acordado previamente en las Secciones los afiliados, se determine su realización inmediata.

Hemos de rechazar con cordialidad, pero con la máxima energía, se diga que «aún los recelos y las pequeñas cuestiones pesan más que la resolución de los problemas vitales de nuestro pueblo». Al Partido Socialista, a todos sus militantes, ¡a todos!, entiéndase bien, nadie puede reprocharle el que no haya atendido a los problemas vitales de nuestro país por distraerse en pequeñas cuestiones o por recelos injustificables. Fue precisamente todo lo contrario. Cuando otros se ocupaban en detalles y pequeñas cuestiones, que por su número resultan ya un gran problema, nuestro Partido, todos los socialistas estaban entregados de lleno a la honrosa tarea de ganar la guerra; levantando la economía nacional, que se hundía; normalizando la producción en la industria; ocupando no importa qué puestos, pero nunca de relumbrón, en las Milicias, primero, y en el Ejército popular, después.

Lo que ocurría es que nuestro Partido no gustó nunca de la publicidad. Trabajaba en silencio, pa-

ra no perder energías en puerilidades cuando tanta falta hacían para levantar la República que querían hundir unos traidores. Cumplir con su deber de cada día y de cada hora sin necesidad de que su prensa y aquella en la que tuviera influencia cantase a todas horas el que hombres y mujeres socialistas cumplían con su deber; no era preciso publicar retratos de nuestros muertos en la lucha contra el enemigo, y mucho menos los de los vivos que son héroes en el Ejército popular, en los frentes de combate y en los frentes de la producción, ¡que también aquí los tenemos! No se preocupó de sembrar la España leal con folletos de todas clases. Publicó muy modestamente algunos, pero con tiradas que al conocerlas harían sonreír a los grandes organizadores de propaganda a la americana. No editó libros encenagando de fango a nadie que antes enalteciera, y pasando factura de sus trabajos antes y después de la subversión. Nunca consideró que solamente los socialistas habíamos logrado parar los golpes del enemigo; que solamente nosotros habíamos defendido Madrid y otros frentes; que solamente nuestros dirigentes supieron ponerse al frente del pueblo, lanzando la insidia de que los demás se vendían a los traidores; no pudo hacer nada de ello, porque sabía que era falso y que decirlo era una deslealtad hacia todas las organizaciones que luchan con toda energía, encuadradas en el Frente Popular, contra el enemigo común.

VAYA MI CHARLA

Problemas municipales

La vivienda insalubre quizá sea uno de los factores más importantes de la mortandad en las ciudades. Cuando se conoce su gravedad, aunque sea a través de las estadísticas, no hay quien pueda permanecer ajeno a él: es el problema sanitario de mayor trascendencia.

Madrid — según sus últimas estadísticas, anteriores, desde luego, a la contienda que el fascismo nos arrastró — poseía 9.285 fincas calificadas de insalubres; 84.000 viviendas, en su mayoría casi absoluta ocupadas por productores, eran el origen de enfermedades contagiosas, achacables a la avaricia del propietario a la antigua usanza, que antes que transformar su burocrática industria prefería la muerte, en crecido número, de sus moradores.

Para poner camino de solución al problema de la vivienda insalubre en Madrid, antes era necesario transformar la acción inmobiliaria del Estado, teniendo como fundamento la supresión de la especulación del suelo; hoy, que se tiende a la municipalización de este importante factor de bienestar del pueblo, ya no es necesaria esta transformación; la supresión del propietario particular nos lo da hecho. La vivienda en poder del Municipio sólo dedicará sus ingresos en mejora, que el inquilino percibirá en su provecho; estimulará este sistema la creación de tipos elementales de viviendas adaptadas a las ca-

Tampoco se detuvo en las «pequeñas» cosas que ocurrían a sus militantes en el frente y en la retaguardia por el delito de sentirse socialistas y rechazar otros carnets. Se limitó a informar, dar informes, muchos informes, más informes a quien podía resolver, y a sus afiliados les decía, les dice todavía hoy: «Callar, callar. No tenemos tiempo en resolver esas «pequeñas» cosas. Hoy, a ganar la guerra. Mañana, a reconstruir España. No perdamos energías.» Y los afiliados callan, escarnecidos, injuriados, perseguidos. Alguno escribe: «... antes, perseguido en la monarquía, en el bienio negro de la República, por ser socialista; hoy también soy perseguido, sufro prisión, por ser socialista...» Y se le contesta: «Calla, calla.» ¡Y las viudas callan! ¡Y callan los huérfanos! ¡Silencio!! ¡Silencio!! ¡Fuera las «pequeñas» cosas! ¡A ganar la guerra!!

Los que quisiéramos ver de manera efectiva la unión del proletariado, porque en ello nos educó aquel apóstol que se llamó Pablo Iglesias — al que tanto se quiere hacer olvidar en España —, dudamos muchas veces ante lo que se habla y lo que se escribe. Quisiéramos saber cuándo se dice verdad, si al hablar de unidad o al arrojar pelladas de cieno sobre nuestros hombres más queridos. ¡Reflexionad! ¡Pensad! ¡Meditad! ¿Podemos hablar de unidad mientras se pretende destruirla?

Angel PEINADO LEAL

racterísticas de cada zona y desvalorizará las insalubres a efectos de la expropiación, y como es consiguiente, su desaparición para nuevas construcciones modernas.

En pequeño, el pueblo de Madrid ya percibió los beneficios que una buena política de la vivienda reporta. La colonia denominada Salud y Ahorro, enclavada en el barrio Usera, puede, sin ser perfecta, servir de ejemplo. Claro que su emplazamiento, sin el previo estudio del medio de transporte, lo malogró en parte; pero no cabe la menor duda que si aquella política se hubiera seguido, acompañada del también importante servicio del transporte urbano, hubiera tenido un éxito resonante y hubiera evidenciado más el fracaso de que el interés privado de la vivienda tiene dadas pruebas.

Los servicios públicos, y éste es de los más importantes, no pueden estar a merced de los especuladores; váyase con entereza a su municipalización como único medio de que sea efectivamente público y que en beneficio de éste redunden.

Ejemplo — y en sucesivos trabajos seguiré enumerando — tienen dado innumerables pueblos que a este interesante problema dedicaron una atención especial.

La transformación que forzosa-mente sufrirá la propiedad en el nuestro, ganada la guerra, nos dará bastante camino andado. Aprovechémosle en bien de la colectividad.

UN AFILIADO

Estampas de la guerra

Mujeres madrileñas

Madrid, cuna del antifascismo español. Hoy en guerra, sus barrios populares son un hervidero de muchachitas que, al igual que antes de la guerra iban a sus talleres de modista, marchan ahora a trabajar a las fábricas de material de guerra y dondequiera sus brazos se necesitan, tales como tranvías, Metro, comercios, etc. Ellas han sabido ponerse a tono con las necesidades de la guerra y no reparan en sacrificios para que al soldado del pueblo no le falte nada y, al mismo tiempo, Madrid no pierda su fisonomía de gran ciudad. Son también las que, en un momento dado, no pierden su feminidad, a pesar de los rudos trabajos a que se entregan, y saben acoger al soldado que regresa fatigado del frente con esa alegría peculiar de los que nacen en Madrid.

Por sus calles, de vez en cuando, se ve a una muchachita que marcha a la fábrica acompañada de su novio, un joven que ha sabido dar su sangre en defensa de la patria invadida. A ella se la nota en el rostro que ha sufrido la guerra como pocas, ya que ve mutilado al que seguramente, no tardando mucho tiempo, será su compañero.

Si observamos a la pareja durante un poco de tiempo, veremos cómo ella se desvive porque su novio no note el golpe que ha sufrido por el fascismo asesino en la persona de él... Lucha interiormente por ser la misma que él conoció en tiempos de paz: la muchacha alegre y dicharachera, envidia de su barrio. A veces, lo consigue, y él entonces olvida las penalidades de la guerra y las consecuencias que para él ha tenido, y se ve en su rostro reflejarse la satisfacción y el orgullo que siente por tener una novia como ella, y haber sabido dar su sangre no sólo por salvar a España de la invasión, sino también por librar de toda clase de injurias y atropellos que cometen con toda persona que encuentran a su paso los mercenarios extranjeros al servicio del traidor Franco.

COLOFON. — En un día no lejano, cuando termine la guerra, tendremos que rendir homenaje de admiración y cariño a la mujercita madrileña que tantas pruebas de valor y abnegación está dando. Ella empezó soportando las colas; más tarde, aguantó con verdadero estoicismo la metralla extranjera y los saiyajes bombardeos de la Aviación italoalemana, y luego, por último, sabe acoger con verdadero afecto al heroico soldado que vuelve a veces del frente con la pérdida de alguno de sus miembros, y le rodea de atenciones y cariño hasta hacerle olvidar las penalidades y sacrificios que toda guerra lleva consigo.

Luis LOPEZ GALAN

Soldado de Municiónamiento de la 30.ª Brigada, 61 División